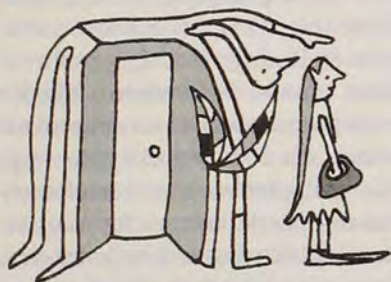


menos en esta biografía, como un militar abnegado pero rudimentario, indeciso y mal asesorado en asuntos de política. Por momentos, aquello de “general de dos mundos” nos parece un exceso, aunque sea cierto su tránsito fallido por América. El final de su existencia fue lánguido, amparado por la fortuna de su esposa e incomprendido por los monarcas en cuyo nombre combatió. Parece que nunca tuvo suficiente poder, influencia ni olfato para tomar decisiones en momentos cruciales. Terminó, más por sus vacilaciones que por sus convicciones, confundido en las toldas liberales y eso le granjeó la animadversión de Fernando VII. Tuvo que exiliarse en París y tramitar con paciencia su reivindicación; el perdón le llegó por fin en 1830 y eso le permitió vivir una postrera etapa militar en España, hasta su muerte en 1837.



La vida de Morillo retrata las dificultades del que fuera un grandioso imperio para formar un ejército profesional, hijo; el atraso técnico que le impidió a España competir en los mares con Francia y Gran Bretaña; pero también el atraso táctico y estratégico que dobló a la corona española tanto en Europa como en América. España estaba impreparada, a mediados del siglo XVIII, para administrar sus posesiones; por eso la invasión francesa de 1808 simplemente desencadenó un proceso de desmembramiento de los territorios de ultramar y un intenso forcejeo político en la misma península. Además de impreparada, no tenía previsión de la magnitud de la pérdida que se le avecinaba. Uno de los méritos de este libro estriba precisamente en que contribuye a entender que Es-

paña tuvo que hacerle frente, con pocos dispositivos a su alcance, a una situación traumática y definitiva. Para el decenio de 1820, tanto en América como en España podía hablarse de multitudes liberales, de regímenes republicanos, de una sociabilidad política que apelaba a la soberanía del pueblo y apenas si evocaba la ya lejana autoridad de un monarca español. Militares como Morillo terminaron atenazados por una monarquía en quiebra económica y política, y de una vida pública cada vez más liberal. Acostumbrarse al igualitarismo de las gentes en las calles, plazas y cafés debió ser difícil para quien sólo habría admitido pertenecer, muy efímeramente, a las distinciones de una logia, luego a una devota cofradía que organizaba fastuosas procesiones y, sobre todo, a los rigores del ejército.

GILBERTO LOAIZA CANO

Historias que se entretajan en la biografía del acordeonista

Mochuelos cantores de los Montes de María la Alta III.

Andrés Landero, el clarín de la montaña

Numas Armando Gil Olivera

Editorial Kimpres, Bogotá, 2008, 261 págs., il.

Quizá no haya existido en el Caribe colombiano otro acordeonista con tan mala suerte como Andrés Landero (1931-2000) quien, a pesar de haber sido uno de los músicos más completos de la región, capaz de componer, cantar, improvisar y tocar en el acordeón los principales ritmos caribeños y de encontrarse, cuando se creó el Festival Vallenato, en el apogeo de su carrera, nunca se ganó este concurso, sin duda, el más importante de todos, en su género, en el país. Y lo peor del caso es que

perdió (o lo hicieron perder), de manera humillante, ante contendores que no estaban a su altura, pues ni cantaban ni componían ni poseían, como él, un estilo propio, inconfundible, ni habían alcanzado el reconocimiento internacional por su obra.

Aunque la trayectoria musical de Landero fue una de las más originales e interesantes en el estilo vallenato, el único acordeonista que hacía llorar al acordeón, al que supo aportarle los dejos ancestrales de la música de gaitas de los Montes de María y, pese a que su vida llena de peripecias fue emblemática del carácter y el destino del hombre de las sabanas del Viejo Bolívar, a diferencia de lo ocurrido con reyes vallenatos como Alejandro Durán y Luis Enrique Martínez, acordeoneros como Emiliano Zuleta Baquero y Pacho Rada, compositores como Rafael Escalona y Romualdo Brito, y cantantes como Guillermo Buitrago y Diomedes Díaz, tampoco existía hasta hoy una biografía competente de este destacado juglar del Caribe colombiano durante la segunda mitad del siglo XX.

A llenar este vacío imperdonable viene el libro de Numas Gil, tercero de su tetralogía, *Mochuelos cantores de los Montes de María la Alta*, precedido de la concisa y acertada presentación del periodista Andrés Salcedo y del prólogo pleno de aportaciones personales del filósofo Tomás Vásquez.

El libro se abre con unas reflexiones filosóficas que sirven de marco a la biografía cuya intención central parece ser la de contribuir a la toma de conciencia, por parte del hombre Caribe, del potencial de su cultura para que, así, deje de ser espectáculo pintoresco y asuma, por fin, su autodeterminación. Para Numas el contexto geográfico en el que se sitúan la vida y la obra de Landero, los Montes de María, generador de un particular *ethos* Caribe, no puede eludirse al explorar su producción musical. De allí que en los capítulos siguientes se imponga la recreación del ámbito en el que nace el músico y transcurren su infancia y práctica-

mente toda su vida. Con gran despliegue de imaginación para aquellos momentos sobre los cuales no hay muchos datos, Numas aborda la efímera relación de la artesana bailadora de cumbia Rosa Landero con el gaitero Isaías Guerra, de la que nace Andrés Gregorio, el 4 de febrero de 1931 a las cuatro y veinte de la tarde en el barrio Miraflores de San Jacinto, pueblo que vivía por esos años un periodo de esplendor económico, gracias a la ganadería y al cultivo del tabaco. Al referirse a la dura infancia de Landero, en la que comía tierra y padecía terrores nocturnos, Numas describe con minucia los juegos de los infantes de la época y su precaria educación primaria. Numerosos detalles sobre la cacera de los pájaros y la frustrada temporada en la escuela en la que no pasó del libro tercero de *Alegría de leer*, amenizan estos capítulos reveladores de cierta perversidad, por parte de Landero, en relación con los perros callejeros y los pájaros, los gatos y las cotorras, así como su temprana dedicación a las labores del campo, de cuya rutina ingrata lo salvó el hechizo de la música popular que Landero, sin duda, traía en sus venas.

Los inicios de Landero en el acordeón están llenos de episodios, no por pintorescos menos dolorosos, con quienes, incluido su padrastro, no tenían la paciencia para tolerar el monótono ejercicio de repetición que impone el aprendizaje de un instrumento musical, hasta el instante providencial en que los matarifes de San Jacinto lo llamaron para ver qué tanto sabía y convencidos de su destreza, le pagaron, por su trabajo de unas horas, lo que se ganaba en una semana de monte, y lo convencieron de la ventaja de consagrarse de tiempo completo a la música.

En los capítulos siguientes Numas aborda los momentos claves en el periplo vital de Landero: el rapto de Lastenia Alvis y el matrimonio en 1951, el magisterio paternal de Toño Fernández, la fuerte relación de Landero con la madre que le impidió viajar a Europa con los Gaiteros de San Jacinto, el golpe brutal en el modo

de ser alegre del acordeonista que significó la muerte de su guacharaquero Eduardo Lora en 1956, la génesis de sus principales composiciones y sus últimos días, tras el accidente de tránsito que, unido a un par de enfermedades que Landero ocultó a sus amigos, acabaron con su existencia física en una solitaria cama de hospital, y no en la intensa comunión de una parranda infinita como lo desea todo músico popular.



Al igual que en los dos tomos anteriores de su tetralogía, *Mochuelos cantores de los Montes de María la Alta*, Numas, deseoso de recuperar la memoria colectiva de San Jacinto y de reivindicar su papel de resistencia ante la ignominia de la historia, incorpora a su trabajo los testimonios de varios amigos y admiradores de Andrés Landero, como el profesor Germán Bustillo, los compositores Adolfo Pacheco, Héctor Vásquez, Hernán Villa, Rodrigo Rodríguez y Miguel Manrique, Pedro Acosta, su último guacharaquero, dos de sus amigos de tragos, Álvaro Rivera y Juan Carlos Hernández Vega, y el investigador Simón Martínez. Con base en ellos se puede reconstruir la génesis y el sentido de las principales composiciones de Landero, *La pava congona*, *Flamenco*, *Las miradas de Magali*, *Tres ricos pueblos*, *El pastor enamorado*, *Alicia, la campesina*, *La muerte de Eduardo Lora*, *Dos amigos* y *La fiebre*, reconocer su papel de pionero, en San Jacinto, de las grabaciones con acordeón, gracias al cual fue admitido en las salas de los ricos de su pueblo, y apreciar sus facetas de hombre con miel para las mujeres, generoso con sus músicos acompañantes, quienes se peleaban por estar con él, y su fuerte personalidad sin complejos, incluso altiva,

que le trajo líos, por su ingenua autosuficiencia puesta de manifiesto en frases como “Ni tengo ni necesito” o “No necesito vejigas para nadar”.

Los diversos testimonios forjan la persuasiva imagen del Landero de carne y hueso con sus hábitos en el hablar y el vestir, en el juego y el trabajo, tanto en su tierra como fuera de ella, un artista integral cuya producción más importante coincidió con la plenitud creativa de otros tres magníficos músicos —Toño Fernández, Adolfo Pacheco y Ramón Vargas—, maestros que hicieron de San Jacinto un auténtico emporio cultural y dejaron un legado musical que trascendió los límites del pueblo y ha adquirido resonancia nacional e internacional. Entre los distintos testimonios cabe destacar por la riqueza y la amenidad de sus anécdotas, así como por la profundidad de sus conceptos, el de Adolfo Pacheco, en especial, su relato de la grabación de su primer disco (pág. 117), y la graciosa narración de Rodrigo Rodríguez sobre el viaje triunfal de Landero a México y los percances en el aeropuerto azteca el día de su regreso (pág. 154). Las múltiples voces se complementan con más de cuarenta fotos correspondientes a diversos instantes en la trayectoria vital de Andrés Landero, las partituras de sus principales canciones, el registro civil de nacimiento y las carátulas de sus discos.

El libro de Numas Gil constituye no sólo un auténtico acto de justicia y reparación con una figura y con una subregión del Caribe colombiano cuyos valores culturales han sido discriminados y menospreciados, sino que, así mismo, aporta pertinentes informaciones que habrán de contribuir a la comprensión y la valoración de la vida y la obra musical de Andrés Landero. En momentos en los que la música vallenata ha alcanzado una vasta difusión internacional y sus cultores disfrutan de los privilegios del triunfo, conviene recordar a aquellos héroes que, con sudor y lágrimas, lograron despejar el difícil camino —grandes hombres que, como anotaba Nietzsche, ha sido un continuo maltrato de anima-

les— y, en especial, destacar a este acordeonero que nunca perdió el contacto con la tierra, que jamás renegó de su condición de campesino, y cuya sintonía con la visión del mundo del pueblo se pone de manifiesto en la sencillez de sus letras, en la espontaneidad de su lenguaje y en la reiteración de los motivos de la naturaleza.

ARIEL CASTILLO MIER
Universidad del Atlántico

Un rebelde con muchas causas

Tulio Bayer, solo contra todos.
Novela auténtica

Carlos Bueno Osorio
Instituto Tecnológico Metropolitano,
Medellín, 2008, 465 págs, il.

Es algo común decir que un hombre que no se adapta a la moral dominante es un rebelde sin causa. Pero hubo un colombiano, hoy día casi perdido en el olvido, que no se sometió a la realidad establecida en su país y que, por el contrario, se podría catalogar como un rebelde con muchas causas: se trata de Tulio Bayer Jaramillo, nacido en Riosucio (Caldas), en 1924 y fallecido en París (Francia), en 1983. Sobre este personaje, su amigo Carlos Bueno Osorio ha escrito una biografía titulada: *Tulio Bayer, solo contra todos. Novela auténtica*, y aunque el subtítulo sugiere una novela, en realidad es la historia de la vida de un revolucionario que luchó en muchos frentes y fracasó en casi todos; sus victorias fueron escasas y poco notables. Sin embargo, el biógrafo parece estar obnubilado por el brillo del biografado, al punto de citar de manera extensa a Bayer, para poder escuchar su pensamiento, pero en varias ocasiones no indica la fuente de esas palabras, en otras se remite al lector a algún libro o se sugiere que se trata de una carta a alguien.

Por otro lado, fue Eduardo García Aguilar, escritor colombiano, quien se inspiró en Tulio Bayer para escribir la novela *El bulevar de los héroes* (1987), donde su protagonista, el loco Rincón, realiza una lucha revolucionaria desde Manizales hasta París, pasando por el Vichada, desde la ilusión juvenil de cambiar el mundo, hasta la decadencia en París, capital de una nación tan imperialista como los Estados Unidos de América. En el libro aquí reseñado se unen varias voces para tratar de reconstruir la biografía de un rebelde multifacético.

Tulio Bayer tiene una llamativa formación universitaria, porque estudió medicina en la Universidad de Antioquia (Medellín, 1950) y luego se especializó en química farmacéutica en la Universidad de Harvard (Estados Unidos). Debido a ello en Colombia luchó por la causa farmacológica, es decir, para denunciar la adulteración de medicamentos que hacían los laboratorios multinacionales, una lucha que lo llevó a ser secretario de salud de Manizales; desde allí criticó la farsa y la estafa que significa venderle al pueblo fármacos de mala calidad, eso lo veía el rebelde Bayer como un atentado contra la buena fe de la gente, y todo por el afán de obtener dinero en abundancia, objetivo de las elites que sostienen a las industrias farmacéuticas. Pero el poder legislativo nunca corroboró las denuncias que hizo el médico revolucionario, todo fue una causa perdida.

La Violencia en Colombia siempre fue vista desde la perspectiva sociológica como un concepto que representa un fenómeno, y los estudiosos sólo presentaron cifras estadísticas con un determinado número de muertos; pero para Tulio Bayer en Colombia hay guerra, esa es la brutal realidad nacional, quizá por ello él quiso fundar una guerrilla en el Vichada, en ese territorio agreste entre la llanura y la selva: fue su causa guerrillera. Un grupo armado revolucionario que tuvo que enfrentar al Batallón Colombia, el mismo que luchó en Corea, una batalla descomunal entre una ballena

estatal y un rebelde hipocampo, una guerra desigual entre un monstruo oficial y un minúsculo foco de campesinos guiados por un anarquista soñador. Este médico guerrillero, comandante supremo de la guerrilla del Vichada, con su moral basada en el pilar de la honestidad, pasado ya el tiempo de combate y en la serenidad de la derrota militar, descubre una generación romántica que se enamoró de las armas y que vio, precisamente, en la lucha armada una vía rápida al poder.



El fracaso en su causa guerrillera lo lleva a la Cárcel Modelo de Bogotá, pierde su libertad por el delito de rebelión, según el dictamen de la Corte Suprema de Justicia, y es allí, en esa prisión, donde escribe una obra literaria pero realista, *Gancho ciego*, en la que narra algunos aspectos del interior carcelario: la estafa, la jerarquía de los reclusos al margen de las autoridades, las opciones de fuga, la muerte de quien intente fugarse, la visita de congregaciones católicas con su hipocresía, el homosexualismo entre reclusos, la violación sexual, la visita conyugal, entre otros temas penitenciarios. Siempre criticando lo sucedido allí dentro y anhelando la liberación, es su causa libertaria. Tal vez este carácter libertario fue lo que le llevó a unirse afectivamente con una prostituta en Manizales, lo cual le costó su puesto académico en la Universidad de Caldas y la expulsión de un exclusivo club social, pero Tulio Bayer sólo quería mostrar la opción del amor libre.

Uno de los temas predominantes en esta biografía es el de la religión. Se destaca el carácter anticlerical de Tulio Bayer, quien critica de mane-